

Mi amigo John John

John John saluda a su amigo Olivier Royant.



Murió como la mayoría de los hombres de su familia: en un aparatoso accidente, con un pasado intenso y un futuro prometedor. Ahora, cuando se cumplen 20 años de la muerte de **John John Kennedy**, entrevistamos en exclusiva a su amigo, el periodista **Olivier Royant**, que publica una biografía inédita del Kennedy más desconocido.

Ése que estaba apuntado a 15 gimnasios diferentes en Manhattan o que la noche de su trágica muerte durmió solo en su segundo hogar.

Escribe: VIS MOLINA

Viernes, 16 de julio de 1999. Son las 6.30 a.m. y Manhattan se despreziza con un calor bochornoso. John Kennedy descorre las cortinas, implorando que no haya una sola nube en el cielo del Upper East. Ha dormido en el Stanhope, su segundo hogar, un edificio Art Decó de apartamentos en el 995 de la Quinta Avenida, a dos pasos del Metropolitan Museum y de Central Park, muy cerca de la casa donde vivió junto a su madre y su hermana. Reconvertido en hotel boutique, allí duerme en ocasiones, lejos del hogar conyugal en el 20 de North Moore Street, en pleno TriBeCa. De vez en cuando necesita soledad y ha pactado con su esposa Carolyn Bessette resolverla de este modo. John y sus misterios. La enfermedad de Anthony Radziwill, su primo e íntimo amigo, le tiene muy angustiado. El final parece inminente después de cinco años de lucha contra un cáncer feroz que se ha multiplicado sin piedad". Olivier Royant, autor del libro *John, le dernier des Kennedy* (Edition de L'Observatoire), y amigo personal de John John, me cuenta emocionado, en esta entrevista exclusiva, el último día de vida de Kennedy.

Un desayuno frugal (zumo de naranja, un bol de fresas y un puñado de copos de avena) antes de hacer frente a una mañana de reuniones y un almuerzo de trabajo con Rich Blow, su mano derecha en la redacción de la revista *George*. Entre plato y plato, Blow le pregunta por el temblor incesante de una de sus piernas. "No temas (le dice John), volaré junto a un instructor". A las 18.00 p.m. consulta el parte meteorológico en la región de Martha's Vineyard. Cielo raso con bruma incipiente. Hace escasos días que le han retirado la escayola de la pierna, pero se siente fuerte para volar. Es su pasión desde niño. ¿Quizás porque le contaron que su padre les había dejado para irse a vivir a

una nube? Su nueva avioneta *Piper Saratoga*, de seis plazas, 1.500 km de autonomía y una velocidad de crucero de 350 km por hora, le vuelve loco.

A las 18.30 p.m. Lauren Bessette, su cuñada y vicepresidenta de Morgan Stanley, le recoge para ir juntos al pequeño aeropuerto de Fairfield donde se encuentran con Carolyn. Pasan las 20.30 p.m. cuando los tres toman asiento a bordo. El sol se ha escondido hace media hora. John sabe que tendrá que hacer dos aterrizajes a oscuras. El primero, después de hora y media de vuelo para dejar a Lauren en Martha's Vineyard, donde pasará el fin de semana con unos amigos. Y, veinte minutos después, en Hyannis Port, donde él y Carolyn asistirán junto al resto del clan Kennedy a la boda de Rory, la hija pequeña del tío Bob. Será la primera reunión familiar después de la muerte de Michael (hermano de Rory), 17 meses antes, en un desgraciado accidente de esquí. En familia a John John le llaman *Master of Disaster*, tal es su capacidad para meterse en líos y salir airoso de ellos. Pero esta vez va a ser diferente. A las 21.40 p.m. la *Piper Saratoga* se estampa contra el muro negro de las aguas del Atlántico, a una velocidad enloquecida de 1.650 metros por minuto. El destino, tan cruel e irónico a veces, ha querido que esta aterradora escena ocurra a tan sólo 12 kilómetros de distancia de la casa de Jackie Kennedy Onassis en Martha's Vineyard, frente a los ventanales de su luminoso salón.

En bici y oliendo a Eau Sauvage

¿Existe la maldición de los Kennedy?, le pregunto a Olivier Royant. "Quién sabe, pero es cierto que los hombres del clan poseen ese temperamento irlandés tan fogoso y temerario, casi un poco loco, que les hace estar continuamente en el ojo del huracán. No han parado de dar que hablar. Mientras que las mujeres Kennedy siempre han sido discretas y resignadas".

Cuando ese sábado el mundo entero despertaba con la inquietante noticia de la desaparición de la avioneta, Olivier Royant estaba disfrutando de un fin de semana en la playa con Delphine, su mujer, jefa de publicidad de Vogue Francia. "Mi cumpleaños es el 16 de julio, día de la muerte de mi amigo John, curiosa coincidencia. Estaba-

"Heredó de su padre una visión atropellada de la existencia, ese afán por bebérsela a tragos largos. Había algo que **LE LLEVABA A PENSAR QUE SU VIDA IBA A SER CORTA**, por lo que quería vivirla con rapidez"

mos pasando el fin de semana en Bretaña. En cuanto empezamos a oír las noticias del posible accidente pusimos rumbo a París. Durante el trayecto recibí una llamada en la que se me informaba del desastre, habían aparecido los restos del fuselaje. Yo no pertenecía al círculo íntimo de John, desde luego, pero sí nos considerábamos amigos. Teníamos una relación frecuente que se prolongó durante años, por lo que mis sentimientos eran indudablemente de pérdida. La última vez que nos habíamos visto había sido un mes antes de su muerte, durante la cena anual de los corresponsales en la Casa Blanca. Carolyn le acompañaba y nos dimos un fuerte abrazo, felices de habernos encontrado. *¿Cómo va todo, buddy?*, me dijo al verme. Me contaron que pensaban viajar a París en otoño, y estuvimos haciendo planes para vernos. Mi fascinación por los Kennedy se despertó cuando, de niño, mi padre me regaló un libro ilustrado llamado JFK, en el que se trazaba su biografía, que me aprendí de memoria. Años después tuve la oportunidad de entrevistar en Dallas a algunos testigos del asesinato de JFK, uno de los momentos históricos más trágicos y relevantes del siglo XX. Luego coincidí con John y nació nuestra amistad. Más de una vez llegué a pedirle, medio en broma medio en serio que, cuando llegara a la presidencia de los Estados Unidos, me nombrara embajador de Francia en Washington. Se limitaba a sonreír pero estoy seguro de que hubiera acabado siendo alguien en la vida política”.

Royant (París, 1962) fue durante varios años corresponsal de *Paris Match* en Washington y Nueva York antes de convertirse en su director. Y fue en su etapa americana cuando conoció a John. “Durante años fui casi espía de su vida, puesto que a lo largo de mi carrera de periodista en *Paris Match* había escrito innumerables artículos sobre la tercera generación de los Kennedy, y John era una pieza clave en ese escenario. A principios de los 90 John fundó *George*, una revista política que pertenecía al grupo Hachette-Filipacchi, y la redacción se instaló en el 1633 de Broadway. Tres pisos por encima estaba la redacción de *Paris Match*, y fue Jean Louis Ginibre, el director editorial de Hachette, quien nos presentó, con la intención de que yo *corrompiera* un poquito a John, enseñándole las malas artes de periodista. Él no se sentía periodista en absoluto, ni tampoco tenía vocación. Así nació nuestra amistad. Recuerdo las primeras veces que lo ví de cerca: llegaba siempre en bicicleta al trabajo, con la cabeza cubierta con un gorro de lana negra y dejando a su paso una estela de *Eau Sauvage* de Dior”.

Nunca mezclaba amigos

A los comunes mortales, a los que disfrutamos sin saberlo de las enormes virtudes del anonimato, porque podemos hacer cola en la panadería sin escuchar bisbiseos a nuestro alrededor o ducharnos y vestirnos con total naturalidad en los vestuarios del gimnasio, nos cuesta imaginarnos cómo debe ser la vida de los famosos. ¿Tienen amigos? ¿Cómo lo hacen para pasear al perro por las mañanas, sin maquillaje? ¿Cómo afrontaron sus primeros noviazgos? Esa fue una de las preguntas que le hice a Royant: **¿era posible ser amigo de John Kennedy?** “Pues sí, me contestó, aunque llegar a ser de su círculo íntimo era difícil. John resultaba intimidante en la distancia corta, sin él proponérselo. Y esa barrera la provocaba su físico. Era increíblemente guapo y apuesto, además de alto y corpulento. Su cara era una curiosa mezcla de su padre y de su madre y, sin querer, cuando estabas hablando con él te sorprendías a ti mismo buscando esos parecidos. Es muy difícil permanecer inalterable cuando te encuentras frente a alguien que es casi una leyenda. Luego, una vez traspasada esa barrera intimidante, aparecía una persona cercana, empática y con unos modales impecables.

Tenía una educación exquisita porque su madre fue muy exigente en ese aspecto. John tenía muchos amigos de distintos círculos (deporte, trabajo, escuela, universidad) que no solía mezclar. Sus íntimos eran sus primos y sus amigos de la universidad, entre los que estaban Carole Radziwill (luego mujer de Anthony Radziwill, primo y mejor amigo de John), William Noonan, Rich Blow, Robert Littell y Rose Marie Terenzio. Dos de ellos, Blow y Terenzio, trabajaron con él en *George*.

Nunca olvidaré cómo reaccionó Terenzio cuando aparecieron los restos de la avioneta flotando en el mar: sin perder un minuto se dirigió a la redacción para retirar de la mesa de John algunos objetos personales, entre otros la bandera americana que Neil Armstrong llevó a la Luna, un documento único firmado por todos los presidentes estadounidenses desde JFK, y una nota manuscrita firmada por Abraham Lincoln. Mientras tanto, tuvo que estar atendiendo sin parar el teléfono, y rechazando con diplomacia la llamada de Barbara Walters para invitarle a su programa. El círculo más estrecho de John mostró siempre una lealtad inquebrantable hacia él”.

Una noche con Madonna

Después de sus años universitarios en Brown, donde se fraguó ese sólido grupo de amigos, John se había convertido en un joven de trato sencillo pero, a la vez, muy consciente de su efecto carismático sobre los demás. Estaba orgulloso de su físico, que cuidaba y modelaba con esmero. Era socio de quince gimnasios de Manhattan, cada uno en un barrio diferente, y los frecuentaba todos porque en cada uno practicaba algo diferente, así es que durante sus veranos en los Hamptons o en Martha’s Vineyard no dudaba en mostrar orgulloso su cuerpo atlético y fibroso. Bebía muy poco, comía bio y sólo fumaba cuando la chica a la que quería conquistar no le hacía caso. A pesar de su imponente físico y su no menos imponente apellido, John nunca fue un seductor de esos que vuelan de flor en flor, sino que era un monógamo sucesivo. Rechazaba las aventuras fugaces, aunque naturalmente vivió algún episodio divertido de ese estilo que nunca trascendió a los medios. Como el que vivió junto a Madonna, la noche en que ambos aparecieron en un motel de Chicago, pidiendo habitación para consumir una desbordante pasión física recién estrenada. Se habían puesto cada uno una peluca para escapar de los fotógrafos pero, al llegar a la intimidad de su cuarto, cayeron en la cuenta de que habían olvidado algo muy importante, los preservativos. Por precaución, ambos rechazaron la idea de volver a ponerse la peluca para bajar a la farmacia más cercana, así es que decidieron tomar las cosas con buen humor y correr un tupido velo. También protagonizó un episodio famoso en la noche de Manhattan: Naomi Campbell estaba cenando con unos amigos en el Café Tabac y vio a John tomando algo en la barra con un amigo. Ni corta ni perezosa, le susurró al camarero que lo invitara a su mesa, pero John declinó cortésmente la oferta. Cuentan que la Campbell se sintió tan ofendida que abandonó rápidamente el local sin pasar por caja.

Su relación más seria y profunda, antes de casarse con Carolyn, fue la que mantuvo con la actriz Daryl Hannah, una joven alta, rubia, de buena familia, con una sólida carrera en el cine y un estilo de vida alternativo y ecléctico

que conquistó del todo a John. Cuando nadie comía sin gluten Daryl ya lo hacía, y cuando no habíamos oído hablar del té verde Daryl lo bebía a litros. Pero la pareja decidió separarse, después de casi diez años de relación intermitente, y Daryl volvió a refugiarse en los brazos de Jackson Browne

el cantante, su novio eterno, del que nunca llegó a desamorsarse.

Poco después de la ruptura definitiva John conoció a Carolyn, una distinguida y esbelta rubia con cuerpo de modelo que trabajaba como PR en Calvin Klein y de la que se enamoró como un adolescente. La había conocido mientras ambos practicaban *jogging* entre los árboles de Central Park. ¿Puede uno imaginarse una estampa más romántica y genuinamente neoyorquina que esa? “No recuerdo dónde me presentó John a Carolyn -me cuenta Royant-, pero sé que fue en un restaurante de Manhattan. Eran una pareja enormemente magnética, destilaban sensualidad y estilo. Ella era muy seductora y había tenido varias relaciones, salió mucho tiempo con Alessandro Benetton, el rico heredero italiano y, según cuenta su biógrafo Christopher Andersen, cuando conoció a John estaba embarazada de otro hombre, concretamente de Michael Bergin. Poco después abortó. El caso es que la relación con John se volvió más y más seria, hasta que él le propuso matrimonio.

Carolyn era una mujer muy especial. Estaba al corriente de todo, le interesaba la moda, la música, la gastronomía, los viajes. Era muy inquieta y un poquito esnob, lo que hacía que en la familia Kennedy fuera vista con algo de desconfianza. Cuando el mundo entero escuchó la noticia, Carolyn y John llevaban ya diez días casados. Era el 21 de septiembre de 1996 y un escueto comunicado, difundido por la oficina de prensa de Ted Kennedy, informaba que la pareja había contraído matrimonio.

El breve texto iba acompañado de una encantadora foto, la única que ha podido verse de ese acontecimiento, en la que aparece una radiante Carolyn con un minimalista vestido blanco (en el que se inspiró Meghan Markle para el *outfit* que lució en la fiesta nocturna el mismo día de su boda con el príncipe Harry) y un galante y apuesto John, besando la mano de su mujer, a la que dedica una mirada que lo dice todo. Eran la imagen de la felicidad. Por lo visto, las medidas para asegurar la privacidad de la ceremonia fueron férreas y todo el personal de servicio, contratado para la ocasión, firmó unos contratos de confidencialidad muy estrictos. John se había salido con la suya, había conseguido burlar a la prensa para ofrecerle a su novia el gran regalo de disfrutar de una boda de incógnita,

“John de vez en cuando necesitaba soledad y HABÍA PACTADO CON CAROLYN DORMIR EN STANHOPE, un hotel próximo a la casa donde vivió junto a su madre y su hermana”

como si el protagonista masculino de la escena no se apellidara Kennedy. Jackie hubiera estado orgullosa de la habilidad de su hijo. Para los preparativos, John había contado con la inestimable ayuda de Rose Marie Terenzio, su mano derecha y gran amiga desde los años universitarios. Y ambos decidieron

acunar un nombre en clave para hablar del asunto durante el mes anterior al acontecimiento: *la boda de Nicole Miller*. La diseñadora neoyorquina estaba también a punto de casarse esos días, así es que todas las gestiones que tan cuidadosamente estaba llevando a cabo John pasaron totalmente inadvertidas.

Para Carolyn, mi mujer y yo éramos gente frecuentable

Royant y Kennedy forjaron una relación fluida, de la que también participaron sus respectivas mujeres y, a menudo, las dos parejas cenaban juntas en Manhattan. “Éramos europeos, parisinos para más inri, y trabajábamos en un mundo interesante (continúa Royant) lo que a ojos de Carolyn nos convertía en gente *frecuentable*”.

Qué heredó de su padre?, le pregunto a Oliver. “Probablemente esa visión atropellada de la existencia, ese afán por beberse la vida a tragos largos. JFK era consciente de que moriría joven. Tenía muchos problemas de salud y su médico le había dicho que tenía que cuidarse más. John, por el contrario, tenía una buena salud, aunque de vez en cuando la glándula tiroidea le jugaba una mala pasada y le asaltaban acusados ataques de fatiga. Pero había algo más íntimo, más mental, que le llevaba a pensar que su vida iba a ser corta, por lo que quería vivir con rapidez”. John había estado en contacto permanente con la muerte, incluso antes de llegar al mundo. Su madre dio a luz a una niña muerta, el primero de sus hijos. Y después de nacer John dio a luz a un niño prematuro que vivió unas horas. Con tres años perdió a su padre y después a su tío Bobby, que había sido un segundo padre. De adolescente sufrió con la muerte de Alexander Onassis, con el que hizo muy buenas migas cuando le acompañaba a sobrevolar Skorpis en avioneta. Dos años después murió Aristóteles Onassis, y algo más tarde su primo David, de sobredosis. Luego perdió a su madre Jackie, a la que estaba profundamente unido. Y, probablemente, la pérdida que más le afectó fue la de su primo Michael en un accidente de esquí en Aspen.

Tal cúmulo de desgracias acabaron por curtirle. Uno acaba haciéndose una coraza que le permita sobrevivir con dignidad a tantas pérdidas. Pero lo que nunca sabremos es qué ocurrió en la cabina de la *Piper Saratoga* aquella tórrida noche de julio. ¿Por qué se precipitó súbitamente al mar? ¿Fueron conscientes los tres ocupantes de que vivían los últimos momentos de su vida? ¿Qué decisión equivocada tomó John antes de caer en picado, a lo largo de dos interminables minutos? ¿Hablaron durante la caída? Las misteriosas aguas del Atlántico engulleron para siempre las respuestas a esas terribles preguntas. **T**

Tal cúmulo de desgracias acabaron por curtirle. Uno acaba haciéndose una coraza que le permita sobrevivir con dignidad a tantas pérdidas. Pero lo que nunca sabremos es qué ocurrió en la cabina de la *Piper Saratoga* aquella tórrida noche de julio. ¿Por qué se precipitó súbitamente al mar? ¿Fueron conscientes los tres ocupantes de que vivían los últimos momentos de su vida? ¿Qué decisión equivocada tomó John antes de caer en picado, a lo largo de dos interminables minutos? ¿Hablaron durante la caída? Las misteriosas aguas del Atlántico engulleron para siempre las respuestas a esas terribles preguntas. **T**